

otros, que viajaron por España y acogieron con entusiasmo muchas de las ideas que exponemos. Pero ahora nos detendremos en otro de los capítulos de esta historia.

Nos referimos a José Ortega y Gasset, acerca de cuya importancia, en el desarrollo de la filosofía, el pensamiento y en lo que podríamos llamar la imagen de la Argentina —sobre todo para nosotros mismos— se ha dicho mucho que no cabe reiterar aquí. Sin embargo, su mención es imprescindible en el desarrollo de nuestro tema.

A Ortega y Gasset se lo leyó desde el primer momento en que apareció en la escena española y fue un integrante de nuestro mundo intelectual, sobre todo a partir de la edición de la *Revista de Occidente*, de sus viajes a la Argentina (1916, 1928 y 1939/1942) y de la difusión de toda su obra. Como muy bien se ha estudiado, sus ideas contribuyeron a la superación del dogmatismo positivista y a la apertura a un amplísimo panorama de la nueva filosofía europea, sobre todo alemana. Pero, además, había un método orteguiano, cuyo vehículo, el ensayo, permitía el libre acceso de una gran masa de lectores que, en su mayoría y con la excepción de la minoría de escritores celosos de la peculiaridad porteña que no se quería rendir al influjo orteguiano, pronto aceptó sus puntos de vista e incorporó a Ortega como un argentino más. Su presencia ha durado hasta el día de hoy.

Ortega, en sus tres viajes, mereció acogidas distintas y no nos referimos al eco público de sus visitas, sino a la estela que dejaban sus ideas entre pensadores y escritores del más variado género. No es que se produjera una adhesión completa a sus ideas —ni él tenía un sistema que lo exigiera— más bien diríamos que su propuesta de apertura a un horizonte filosófico nuevo, que en la Argentina ya estaba en el programa de un Alejandro Korn o de un Coriolano Alberini, confirmó expectativas y alentó a desarrollos innovadores.

Una figura central de la filosofía, sobre todo a partir de la década de 1930, la de Francisco Romero, quien denominó a Ortega y Gasset, «jefe espiritual» del pensamiento hispánico, nos basta como referencia del prestigio que había alcanzado en nuestro medio, para no internarnos en la estimación de lo que deben a las ideas de Ortega, el historicismo y el perspectivismo que cundieron desde entonces, es verdad que también como resultado de la obra de filósofos como Dilthey, Scheler y otros que Ortega hizo traducir y difundir en lengua castellana.

Ortega es el telón de fondo contra el cual se recortan las figuras de los más significativos protagonistas de la vida intelectual argentina. A favor, como el mencionado Romero o furibundamente en contra, como muchos a quienes chocaban las formas y el estilo de Ortega.

Rechazos y aceptaciones

Porque, del mismo modo como se había producido la revalorización de lo hispánico que señalamos en los autores antes mencionados, tampoco había desaparecido el anti-

hispanismo, aunque a partir de la década de 1920 apareciera con otro atuendo: el universalismo del llamado «vanguardismo», a través del cual recobraba fuerzas el prestigio mítico de París, ahora surrealista y cubista.

En efecto, el movimiento literario que tuvo como eje la revista *Martín Fierro*, en el cual figuraban Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Eduardo González Lanuza, Córdova Iturburu, y muchos otros, mantuvo, en 1927, una polémica con los de *La Gaceta Literaria*, de Madrid. Se trataba de saber por dónde pasaba un supuesto meridiano de las literaturas hispánicas. Ante la propuesta española de que fuera Madrid, los escritores argentinos contestaron con una serie de agresiones —la mayoría de ellas sandeces e insolencias—, infantiles, que denunciaban un sentimiento antihispánico, mientras que se ensalzaba la importancia de Francia, origen de los movimientos estéticos vanguardistas, entre los cuales aspiraban a militar los argentinos de dicha revista.

En los círculos universitarios, por el contrario, el prestigio del ensayismo literario crecía, a medida que se conocía la obra de quienes trabajaban en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, bajo la dirección de Menéndez Pidal. Poetas, historiadores y filólogos como Américo Castro, Federico de Onís, Antonio G. Solalinde, Pedro Salinas, José Fernández Montesinos y muchos más, escribían, al margen y sobre la base del caudal de sus investigaciones, ensayos sobre la lengua y la literatura que se recibían de Hispanoamérica como una de las formas más avanzadas e incitantes de la actividad literaria.

Américo Castro —que, además, llevaba a cabo en España una campaña intensa en favor de un intercambio cultural con América— escribía regularmente ensayos renovadores de los estudios históricos y literarios. Libros como *El pensamiento de Cervantes* (1925), de Américo Castro, por ejemplo, remozaron las reflexiones literarias argentinas, donde el profesor y poeta riojano, Arturo Marasso, escribió sobre Cervantes, Góngora y Darío, con la misma preocupación analítica de los ensayos españoles.

Eugenio D'Ors visitó la Argentina en 1921 y sus ideas fecundaron lo que se llamó el «movimiento Novecentista», de escritores y filósofos pero, además, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Azorín, José M. Salaverría, Benjamín Jarnés, Antonio Marichalar, Fernando Vela, Ricardo Baeza, Melchor Fernández Almagro y Salvador de Madariaga aparecían en las páginas de los más importantes diarios argentinos, y su obra ensayística contribuía a la creación y maduración de una vastísima opinión culta de lectores.

Para no hablar de las numerosas revistas que los acogían, regularmente, desde principios de siglo: *Nosotros*, *Síntesis*, *Criterio* y muchas más. Pero este aspecto de las relaciones intelectuales entre España y la Argentina ya ha sido estudiado por Emilia de Zuleta y nada cabe agregar a esta exposición. Sin embargo, cabe señalar que la presencia del ensayo español en la Argentina, en las décadas de 1910 a 1930, no se agotaba en los nombres de los literatos. Había un ensayo político, con Manuel Azaña, Luis Araquistáin, Julio Álvarez del Vayo o Julián Besteiro, que también colaboraban en las mencionadas revistas y diarios, y, sobre todo, lo hacían en publicaciones políti-

cas de izquierda, como la revista *Claridad*, donde se seguía la marcha, cada vez más definida, de la agitación socialista y de izquierda en España.

También se debe señalar el ensayo científico, pues si un Ramón y Cajal influía en círculos más amplios que los de la medicina, había matemáticos como Julio Rey Pastor o Francisco Vera, historiadores como Claudio Sánchez Albornoz, Rafael Altamira, Antonio Gallego Burín, Antonio Ballesteros-Beretta, musicólogos como Adolfo Salazar y críticos de artes plásticas como Juan de la Encina. Se trataba, en casi todos los casos, de escritores de obra sistemática y documentada, pero que, de acuerdo con una arraigada tradición española, frecuentaban asiduamente el género ensayístico, el cual, volcado en diarios y revistas, hacía conocer su pensamiento a vastas mayorías de lectores hispanoamericanos.

Ideas y literatura

Cuando se iniciaba la década de 1930, el prestigio del pensamiento español era muy grande entre los argentinos, si dejamos de lado el barullero y díscolo sector de escritores vanguardistas. Las ideas de Ortega, sobre todo después de que se conocieron sus reflexiones sobre la Argentina, lograron una difusión extraordinaria más allá del marco de los filósofos.

En la crítica literaria, la influencia de Guillermo de Torre, viajero primero a la Argentina e instalado definitivamente entre nosotros a partir de 1937, fue decisiva. Su presencia en el medio cultural argentino permitió el trasvase de ideas entre España y la Argentina y gracias a su obra, lo que él llamaba «el puente», entre ambas orillas del Atlántico, jamás se interrumpió. Todo lo que se escriba y diga en mérito de esta labor, será siempre inferior a la realidad de su presencia. Por otra parte, también este tema ha sido trabajado por Emilia de Zuleta y a su obra nos remitimos.

El viaje a España continuó como rito literario y un crítico como Luis Emilio Soto, que reunió muchos de los artículos publicados por esos años, en su libro *Crítica y estimación* (1938), admitía la influencia de los ensayos críticos españoles, desde Menéndez Pelayo a Dámaso Alonso y, sobre todo, el magisterio nunca opacado de Unamuno y Ortega.

Ensayistas literarios como Alvaro Melián Lafinur, Rafael Alberto Arrieta, Roberto F. Giusti, José A. Oría y José María Monner Sans, en grados diferentes, se mantenían al mismo nivel de los temas y enfoques del ensayo hispánico. Las letras españolas eran objeto constante de su enseñanza —cuando eran profesores— y escribieron ensayos de interés notable sobre el particular.

Filósofos e historiadores como Aníbal Sánchez Reulet y José Luis Romero acreditaban en su obra la frecuentación asidua del ensayismo español de ese tiempo. No de una manera servil o ingenua, como solía reprocharse a quienes admiraban a Ortega o Unamuno, sino como incitación a un pensamiento propio.

Maeztu

Pero en años finales de la década del 20, se abrió el capítulo de la relación entre las ideas de Ramiro de Maeztu —a quien España envió como embajador a Buenos Aires en 1928— y el grupo de jóvenes que adoptaron el ideario político del nacionalismo de derecha, uno de cuyos núcleos centrales fue el tradicionalismo español.

De la misma manera como el liberalismo y la izquierda se hacían eco del movimiento ideológico de ese signo que se desarrollaba en España, un grupo nutrido de argentinos que profesaban el catolicismo y que, en cultura, letras y política adherían a todo lo que representaba España en ese aspecto, asumieron una tarea intelectual y política que respondía a esta orientación.

En nuestro libro *El nacionalismo argentino* (1975), nos hemos referido con la amplitud y la documentación debida, a lo que significó este movimiento. No vamos a repetir lo que allí dijimos, pero debemos de mencionar que, cuando se inició la publicación del semanario *La Nueva República* (1927), bajo la dirección de los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, con la colaboración principal de Ernesto Palacio, Tomás Casares, César Pico, Lisardo Zia y otros, el magisterio tradicional español, desde Balmes, Donoso y Menéndez Pelayo hasta Eugenio D'Ors y Ramiro de Maeztu, fue la principal inspiración intelectual. También lo hará, en esa misma época, la ya mencionada revista *Criterio*, aunque con el acento puesto en lo religioso y cultural.

Se produjo, entonces, un singular ejemplo de interinfluencias. Cuando Maeztu aceptó venir como embajador de España a la Argentina, por disposición del dictador general Primo de Rivera y desafió la condena de los liberales españoles, definió su cambio ideológico hacia la derecha tradicionalista. Pero fue en Buenos Aires y en la relación con los jóvenes nacionalistas, donde perfiló su nuevo pensamiento, hasta llegar a acuñar el concepto de hispanidad que cierra el proceso de su evolución. Los argentinos, por su parte, aunque conocieran a los pensadores españoles, tuvieron en la presencia de Maeztu el ejemplo vivo del magisterio que buscaban y también, de ese modo, fortalecieron sus convicciones intelectuales y políticas.

De la política a Sur

Después de 1930 y a medida que la crisis ideológica se hacía sentir en la Argentina con caracteres análogos a los de otros países, la influencia del ensayismo español se fue bifurcando, si cabe la expresión. A partir de la instauración de la república en España, en 1931, la vida intelectual se inclinó violentamente a la política, la cual terminó por teñir la cultura con los colores extremos de la derecha y la izquierda. En la Argentina, este conflicto se advirtió en la polarización de los intelectuales y quienes estaban más próximos a España y, además, asumían posiciones ideológicas